

Un antropólogo entre *spanks*: posiciones del investigador y límites de la participación en eventos *BDSM* en la ciudad de Córdoba

AGUSTIN LIARTE TILOCA

Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina

DOI 10.11606/issn.2316-9133.v28i1p108-128

resumen El presente escrito se pregunta por los modos de estar del investigador -en tanto sujeto situado- en una etnografía centrada en *eventos BDSM*, espacios donde se realizaban prácticas de *bondage*, *dominación/sumisión* y *sadomasoquismo*. Frente al pedido expreso de uno de los organizadores por *hacer* alguna de las actividades, me propongo indagar en los límites de la participación en una pesquisa preocupada por la producción de subjetividades y sujeciones a partir de formas de sociabilidad erótico-sociales. Es por ello que me pregunto ¿cómo interactuar en instancias expresamente regladas, donde entraban en juego una serie de códigos que marcaban las (im)posibilidades de interacción entre/con *sumisos* y *dominantes*? ¿Cómo responder frente a los pedidos de participación en prácticas consideradas eróticas en esos espacios? ¿Cómo se construye un “personaje” capaz de fluir por diversos escenarios?

palabras clave Posiciones. Límites. Erotismo. Participación. *BDSM*.

Um antropólogo entre *spanks*: posições do pesquisador e limites da participação em *eventos BDSM* na cidade de Córdoba

resumo Este artigo questiona os modos de estar do pesquisador -como um sujeito situado- em uma etnografia focada em *eventos BDSM*, espaços onde foram feitas práticas de *bondage*, *dominação/submissão* e *sadomasoquismo*. Contra o pedido expreso de um dos organizadores para *fazer* qualquer das atividades, interessa-me particularmente explorar os limites da participação em uma investigação interessada na produção de subjetividades e sujeições a partir de formas erótico-sociais da sociabilidade. É por isso que me pergunto, como interagir em instâncias expressamente reguladas, onde entraram em jogo uma série de códigos que marcaram as (im)possibilidades de interação entre/com *submissos* e *dominantes*? Como responder a pedidos de participação em práticas consideradas eróticas em aqueles espaços? Como se constrói um "personagem" capaz de fluir através de diferentes cenários?

palabras-chave Posições; limites; erotismo; participação; BDSM.

An anthropologist among *spanks*. Researcher positions and limits of participation in *BDSM events* in the city of Córdoba

abstract This paper asks about the researcher's ways of being -as a situated subject- in an ethnography focused on *BDSM events*, spaces where *bondage, domination/submission* and *sadomasochism* practices were performed. Faced with the express request of one of the organizers *to do* some of the activities, I intend to investigate the limits of participation in a research concerned with the production of subjectivities and subjections from forms of social-erotic sociability. That is why I wonder how to interact in expressly regulated instances, where a series of codes that marked the (im)possibilities of interaction between/with *submissives* and *dominants* came into play? How to respond to requests for participation in practices considered erotic in those places? How to construct a "character" capable of flowing through different scenarios?

keywords Positions. Limits. Eroticism. Participation. BDSM.

Introducción

*Should I stay or should I go now?
Should I stay or should I go now?
If I go there will be trouble
An' if I stay it will be trouble
So come on and let me know
Should I stay or should I go now?
The Clash (1982)*

Con un poco de libertad poética, podemos pensar que el fragmento de la canción pareciera convidarnos con una pregunta central sobre el quehacer de la labor antropológica. Como lo desarrollara Bronislaw Malinowski, en su etnografía sobre el comercio y los intercambios entre trobriandeses a comienzos del siglo pasado, el trabajo de campo consiste en zambullirse en la cotidianeidad del grupo que desea pesquisar. Desde el empleo de la observación como herramienta de análisis, esta inmersión apunta a desandar los caminos de lo que el autor llamó los "imponderables de la vida real" (MALINOWSKI: 1986 [1922], p. 36), elementos que conforman las significaciones de un determinado edificio social. Esta metáfora supone un impacto al sumergirse en un cuerpo acuoso, pudiendo presentarse como el ingreso a un calmado estanque o, por el contrario, implicar un fuerte golpe al caer en una piscina con poca agua. Es por ello que interrogarnos por si debemos quedarnos o irnos, de cualquier hipotética situación que se presente en nuestras investigaciones, no resulta un asunto menor o carente de "problemas".

Sobre este punto, la participación en las actividades indagadas pareciera configurarse como una marca del bien-hacer etnográfico. Resultan variadas las descripciones que narran relatos sobre invitaciones a formar parte de alguna ceremonia, o la admisión del antropólogo/a al interior de un grupo. Sin embargo, no todas las esferas de la vida social revisten las mismas valoraciones morales, constituyéndose algunas de ellas en zonas configuradas como indeseadas o contaminantes. Como explica Kate Altork (2007), uno de los aspectos históricamente invisibilizados en las investigaciones científicas ha sido la dimensión erótica del trabajo de campo. La autora propone interpretar este elemento desde un sentido polisémico, alejándose de toda unidireccionalidad que lo equipare solamente con interacciones genitales. Como corolario de aquello, resultaría que participar en prácticas consideradas eróticas por las personas con las que realizamos nuestras pesquisas devendría en una grave falta a la ética de la disciplina. Entonces cabría preguntarse: ¿el problema que suscitan estas prácticas deviene de una cualidad intrínseca de las mismas, o bien se trataría de algún tipo de brillo con el que socialmente las recubrimos? ¿El conflicto ético se produciría en la mera participación, o deberíamos cuestionar los modos en que presentamos nuestros objetivos, tanto investigativos como interpersonales? En otras palabras, ¿hacemos saber quiénes somos y qué pretendemos hacer?

Bajo estas ideas es que busco analizar mi propia pesquisa, centrada en un estudio de formas de (re)producción de subjetividades y sujeciones en espacios de sociabilidad frecuentados por *practicantes de BDSM* en la ciudad de Córdoba.¹ Estas siglas hacían referencia a prácticas de *bondage disciplina* -ataduras e inmovilizaciones realizadas con diversos elementos-, juegos de roles donde una persona ejercía la *dominación* sobre la *sumisión* voluntaria de otra persona; y relaciones erótico-sociales de *sadismo* y *masoquismo* atravesadas por experiencias de resemantización placerosa del dolor (RUBIN, 2011 [1981]; WEISS, 2012; ALMEIDA DE FREITAS, 2012; FACCHINI; ROSSETI MACHADO, 2013; GREGORI, 2016; ZILLI, 2018). En esos espacios se erigía la asunción de personajes que buscaban producir placer desde intercambios de posiciones jerárquicamente establecidas, proceso atravesado por lo que Michel Foucault (1984) refiere como la erotización de relaciones estratégicas de poder. Este planteo suponía la posibilidad de desterritorializar y reterritorializar las fuentes del placer, en tanto implicaría la descentralización de la genitalidad como locus privilegiado del goce.

Frente al pedido expreso de uno de los organizadores por *hacer* alguna de las actividades, me propongo ahondar sobre los límites de la participación y mis posiciones

¹ En estos espacios realicé observaciones participantes, brindando primordial importancia al cuerpo como instrumento productor de conocimiento situado. Estos momentos también me sirvieron como instancias para conocer *practicantes* con quienes mantuve entrevistas abiertas y biográficamente centradas. La mayoría de los contactos se dieron bajo el formato que suele llamarse “bola de nieve”, donde una persona conocida me fue presentando otras personas. Las entrevistas fueron pautadas con cada *practicante*, en la locación y temporalidad que resultase de una mutua comodidad. En miras de mantener un cuidado ético de las personas que participaron de la pesquisa, sus nombres reales fueron cambiados por otros de fantasía, al mismo tiempo que se resguardaron otros datos personales.

como investigador desde la realización de estas prácticas erótico-sociales. Es por ello que me pregunto: ¿cómo interactuar en instancias expresamente regladas, donde entraban en juego una serie de códigos que marcaban las (im)posibilidades de interacción entre/con *sumisos/sumisas* y *dominantes/dóminas*? ¿Cómo responder frente a los pedidos de participación en prácticas consideradas eróticas en esos espacios? ¿Cómo se construye un “personaje” capaz de fluir por diversos escenarios?

Para responder estas interrogantes, primero introduzco algunas particularidades de mi trabajo de campo, prestando especial atención a las reglas que regulaban las interacciones dentro de *eventos* donde se permitía el trazado de *sesiones* que involucraban *prácticas*.² Luego, analizo mi primera asistencia a uno de estos espacios de sociabilidad, situación que me confrontó al proceso de comenzar a construir un rol dentro de las catalogaciones que brinda el *BDSM*. Seguidamente, indago en algunos recorridos experienciales sobre las inquietudes que me despertaron determinadas interpelaciones realizadas por los propios sujetos con quienes tracé el trabajo de campo. Estos puntos hicieron referencia al aceptar un ofrecimiento de participación, así como el transitar por otros roles en el transcurrir de las noches. Dichos avatares me invitaron a abandonar toda noción de linealidad en el quehacer etnográfico, para introducirme en espirales de múltiples senderos.

Notas sobre el trabajo de campo

El trabajo de campo que sustenta esta investigación abarcó una temporalidad comprendida entre mediados del año 2015 y mediados del año 2018, donde participé en calidad de asistente en una serie de espacios de sociabilidad organizados por personas autonominadas *practicantes de BDSM*. Estas instancias llevaban por nombre *eventos*, encuentros celebratorios alojados -principalmente- en bares de la ciudad de Córdoba, ubicados en diversas zonas barriales. Los sábados por la noche era la temporalidad escogida para programar los convites, bajo un distanciamiento aproximado de dos meses entre cada edición. Como un ingrediente que introducía la novedad, cada velada presentaba una temática particular que era evocada en otros elementos, como el vestuario o las actividades. Por ejemplo, en una noche que fue llamada *Ludus* -lugar de convivencia y entrenamiento de gladiadores-, se incentivó el uso de indumentaria que tuviera reminiscencias con el mundo clásico romano; mientras que en otra oportunidad se empleó el nombre *Restriction*, enfatizando la realización de escenas de *bondage* a partir del uso de cuerdas teñidas de colores fluorescentes que resplandecían bajo luces ultravioletas.

² Por *sesión* se entendía el recorte témporo-espacial en el que dos o más personas acordaban -de forma consensuada- realizar determinadas *prácticas*. En tanto una performance socio-erótica, una *sesión* se dividía usualmente en tres etapas: un primer momento donde se definían las *prácticas* y los *límites* que serían tomados en cuenta, una segunda fase donde se daba la ejecución de las *prácticas* propiamente dichas, y el final del trayecto llamado *after care*, que implicaba caricias o cualquier otro tratamiento que ayudara a las personas a estabilizarse. En otras palabras, la *sesión* era un proceso en el cual debía generarse un ingreso y una salida, siempre desde el tramado de acuerdos compartidos.

La asistencia a los *eventos* se daba a partir de una red de personas que se relacionaban desde aplicaciones de mensajería virtual, esperando que quienes buscaran ingresar fuese por un interés en las *prácticas*. Para formar parte de estos grupos era necesario ser presentado por alguien que ya fuese miembro, en miras de aportar un elemento de confianza a la privacidad de sus integrantes. Como me comentaran en diversas oportunidades, las personas que fuesen aceptadas tanto en los espacios virtuales como en los *eventos* debían ser *del palo*. Con esta expresión se hacía referencia a que debía existir un mínimo de conocimiento sobre las *prácticas* y las formas de sociabilidad que atravesaban estas noches, en miras de evitar situaciones incómodas en el transcurrir de las veladas. Recuperando una categoría trabajada por Néstor Perlongher (1993) en su etnografía sobre prostitución masculina paulista, se esperaba que los sujetos asistentes fuesen “conocedores”, en tanto se generaba una suerte de expectativa que anticipaba un saber sobre las reglas que operaban en ese mundo social. Con estos recaudos se buscaba ahuyentar *pajeros*, nominación que servía para definir personas que solamente les interesaba concurrir a los *eventos* sin darle lugar al aprendizaje y seguimiento de las normas que regían los mismos.³

En estos espacios se empleaban formas particulares de clasificación y calificación de los participantes, basadas en sus preferencias en cuanto al posicionamiento frente a la producción de placer dentro de un esquema general de las relaciones *BDSM*. Para demarcar a cada *practicante*, el ingreso a los *eventos* implicaba la elección de un membrete adhesivo con bordes coloreados en una disposición tripartita. El entrecruzamiento de colores y roles destinaba el rojo para identificar *dominantes/dóminas*, el blanco para señalar *sumisos/sumisas*, y el azul para mostrarse como *switch* o *curiosos/curiosas*.⁴ En el centro de los membretes se escribía el nombre con el que la persona deseaba ser llamada y presentada frente a otros, siendo exhibido sobre alguna porción desnuda de la piel o sobre las prendas del vestuario que se luciera. Estas formas de identificarse e identificar a otros funcionaban las veces de indicadores de los gustos socio-eróticos de las personas, al mismo tiempo que planteaban una primera orientación sobre qué modos de interacción podían proponerse entre los asistentes. En otras palabras, el membrete en tanto signo implicaba que no podía solicitarse -al menos en una primera instancia- a un asistente del *evento* que lucía su

³ Estos recaudos también respondían a un componente estatal, puesto que las *prácticas* que se realizaban en los *eventos* podían ser leídas desde la Ordenanza de Espectáculos Públicos como *faltas a la moralidad y costumbres públicas*. Como expresa el instrumento gubernamental, en locales habilitados se prohíben los “Actos que constituyan un agravio o atentado contra la decencia y buenas costumbres” (Ord. 11684, Art. 44, Inc. B), aunque no se brinda una explicación sobre qué se entiende por esos términos. Como me fuera referido en diversas ocasiones, una escena de *bondage* o de castigos corporales podía ser interpretada como una perturbación a la moralidad, inclusive como una acción ilegal que llevaría no solamente al cierre de la noche, sino a posibles represalias legales sobre los organizadores de los *eventos* y los dueños de los establecimientos.

⁴ El término *curioso/a* era utilizado para designar a personas que tenían poca experiencia, o que sentían atracción por las *prácticas*, pero aún no habían experimentado. En ambos casos, se suponía que por el momento no definían su placer por la *dominación* o la *sumisión*. Por su parte, *switch* eran aquellas personas que sentían placer tanto en dominar como en ser dominadas, variando la posición producto de factores como los sujetos con los que se interactuase o los deseos que primasen en el momento.

nombre con bordes rojos que asumiera una posición de *sumisión*, puesto que desde el comienzo del encuentro demarcaba su interés en la *dominación*. Este trazado de posibilidades e imposibilidades de sociabilidad se debía a que, en los *eventos*, a diferencia de las *reuniones sociales*, estaba permitida la realización de *prácticas*.⁵

El respeto por el rol autopercebido formaba parte de las normas generales que orientaban las interacciones entre las personas que participaban de los encuentros. En concordancia con ello, esta pauta constituía un elemento crucial del *protocolo*, un conjunto de reglas a observar o una “etiqueta” (DOMÈNECH; MARTÍ, 2004, p. 154) que atravesaba los tratamientos entre *dominantes/dóminas* y *sumisos/sumisas*. Por ejemplo, en uno de los *eventos* se montó un *rincón femdom* - en relación a la dominación femenina-, conformado por dos sillones recubiertos por una tela negra satinada y una mesa con copas. Una de las *practicantes*, autopercebida *dómina*, pasó la primera hora de la velada sentada mientras su *sumiso* le servía vino en una de las copas. En tanto no fuesen requeridos sus servicios de escanciador, el joven muchacho se ubicaba unos pasos por detrás y mantenía la vista hacia el suelo. Ambos se encontraban vinculados por una cadena que conectaba un collar en el cuello de él con una muñequera en la mano de ella.

Un último punto a destacar refiere a la diversidad social existente entre los asistentes a los *eventos*. Estos espacios congregaban una concurrencia que podía variar entre veinte y casi un centenar de personas, cuyas edades viraban en torno a un rango general de veinte a cincuenta años. Muchas de ellas eran estudiantes o egresados universitarios, de instituciones tanto privadas como públicas. En términos socioeconómicos, la participación en los *eventos* suponía una serie de gastos, como el pago de las bebidas que se consumirían durante la noche, así como la compra o confección tanto de vestuarios como de instrumentos que serían empleados en las *sesiones*. Sobre los deseos erótico-sociales, la mayoría de las mujeres habían experimentado encuentros bisexuales, mientras que la mayoría de los varones se decían heterosexuales. No obstante, en lugar de acentuar el valor de los genitales y consagrar la penetración como acto sexual culminante, el *BDSM* buscaba explorar otras aristas de la sexualidad. El goce de performatizar un rol permitía conmocionar tanto el binomio hombre/mujer como heterosexual/homosexual, orientado gran parte de la realización de *prácticas* al posicionamiento de los sujetos dentro de la *dominación* o la *sumisión*.

⁵ Si bien en esta oportunidad me centro en los *eventos*, también existieron otros espacios de sociabilidad que se diferenciaban de los aquí analizados por no permitir la realización de *prácticas* o el seguimiento de reglas protocolares. Uno de estos espacios eran las *reuniones sociales*, llevadas a cabo también en locales comerciales en horarios nocturnos -generalmente posteriores a la finalización de las jornadas laborales de los asistentes. El objetivo de estas instancias era integrar a personas que deseaban conocer a otros *practicantes*, o que estuviesen interesadas en aprender sobre las *prácticas*. También funcionaba las veces de espacios para alejar ciertas prenociones negativas sobre el *BDSM*, principalmente aquellas relacionadas con la violencia. Por otro lado, existían espacios que llamé pedagógicos, como *talleres de bondage* impartidos en diversas casas culturales de la ciudad. Estas clases estaban focalizadas en la enseñanza de las técnicas de los nudos así como en las normas de seguridad que debían seguirse en miras de una correcta realización de la *práctica*.

El etnógrafo sin guiones

En un momento inicial de mi pesquisa doctoral, hacia comienzos del año 2015, los espacios de sociabilidad de y para *practicantes de BDSM* no formaban parte de mis indagaciones. Por aquel entonces, mi objetivo central era continuar con un estudio etnográfico sobre producción de subjetividades entre varones que mantenían relaciones homoeróticas con otros varones y el consumo de espacios festivos nocturnos (LIARTE TILOCA, 2018).⁶ En miras de proseguir con esas preocupaciones analíticas, entrevisté a Nico como coordinador de un certamen organizado en marzo del año 2015 que llevó por nombre *Elección del Mr. Sadoso*. El juego de palabras entrelazaba las categorías *sado* y *oso*, cruce que se reflejaba con algunas características de los postulantes: por un lado, las corporalidades presentaban elementos que se relacionaban con la *masculinidad osuna* -como vellosidad abundante y panzas voluminosas-; y, por otro lado, vestían prendas de indumentaria confeccionadas con cuero, mientras portaban elementos que posteriormente identifiqué como *instrumentos* o *juguets* para propiciar castigos físicos en una *sesión*.

Uno de los puntos centrales de la entrevista con Nico fluyó hacia sus experiencias eróticas con el cuero, desde las sensaciones táctiles sobre la piel hasta la *calentura* que le provocaban otros sentidos, como el olor y el sabor. Dentro de aquellas aventuras, me relató sobre un emprendimiento que tenía dedicado a la elaboración de objetos *sado*, y el trabajo compartido con una amiga en la organización de encuentros nocturnos que refirió como *eventos BDSM*. La conversa derivó en una invitación para asistir a una de esas veladas, prevista para el mes siguiente. Como requisito fundamental, mi interlocutor me solicitó que con anterioridad leyera las reglas que estructuraban el *evento*, publicadas en una red virtual. Sin intenciones de desobedecer, accedí al decálogo de normas que indicaba lo siguiente:

- 1-Vestimenta: pueden asistir con ropa formal o fetish si así lo desean;
- 2-Respeto al lugar y las personas que se encuentran en él. No se puede tener contacto con ningún sumiso sin permiso del dominante o la dómina del mismo;
- 3-No se permiten lluvias ni scat;
- 4-No se puede entrar y salir del lugar una vez que se ingresa;
- 5-Se encuentra terminantemente prohibido el uso de cámaras y teléfonos, no se pueden tomar fotos ni grabar videos bajo ningún punto de vista;
- 6-El ingreso es sólo para las personas invitadas y confirmadas;
- 7-Pondremos a

⁶ Esta pesquisa centró su atención en un conjunto de eventos nominados por sus organizadores como *fiestas de osos*, celebraciones que realizaban un llamamiento tanto a varones que autoadscribían a la categoría como a otros varones que construían su deseo hacia estas presentaciones de género definidas como masculinas. Uno de los puntos principales fue indagar en los modos performativos de construcción de masculinidades entre los sujetos que asistían a estas noches festivas, en contraposición a otras formas del devenir varón homosexual que fueron descriptas como afeminadas. También se buscó analizar los trayectos biográficos de algunos de estos varones, narraciones donde surgieron procesos de autoadscripción, tanto hacia un deseo homoerótico por otros varones como de la categoría *oso*.

disposición de los invitados objetos sado que podrán usar para sesionar , los cuales se deben devolver antes de retirarse (en buen estado); 8-No se permite consumir ningún tipo de droga ni estar alcoholizado; 9-No se permite tener relaciones sexuales; 10-No se permite la realización de ninguna practica extrema sin consulta previa a los organizadores (Registro de campo, 25/07/2015).

Posterior a estos puntos, se establecía que ante el incumplimiento de alguna de las reglas dentro del *evento* podía correr una sanción, desde una llamada de atención hasta la expulsión de las personas involucradas.⁷ Estos momentos previos a mi asistencia generaron un conjunto de sensaciones conflictivas, sobre todo en relación a mis experiencias pasadas de pesquisa. El hecho de enfrentarme con un mundo reglado no era novedad puesto que, desde los aportes de Richard Schechner (2000 [1988]), entiendo que toda performance social tiene sus modos de normar y ordenar el accionar de los sujetos. En este caso, las reglas se disponían escritas al alcance de todos los participantes, pero el problema se planteaba en cuanto a su seguimiento. De ello derivó un estado de temor frente a la posibilidad de ser invitado a retirarme en caso de romper con el comportamiento esperado de un sujeto que asistía a un *evento* *BDSM*. Relacionado a los límites de mi participación durante aquella noche, la segunda regla del decálogo fue detonante para el cuestionamiento de cómo debía actuar o dirigirme hacia otras personas. Es decir: ¿podía saludar a cualquier *practicante* o eso ya era considerado una intromisión frente a la autoridad de la *dominación*? ¿Cuáles eran los procedimientos apropiados para solicitar algún tipo de contacto? Sin nociones sobre la “conciencia práctica” de estos grupos (LINS RIBEIRO, 1989), desconocía los mecanismos de interacción entre *dominantes/dóminas* y *sumisos/sumisas*, categorías que a su vez no me resultaban del todo familiares.⁸

⁷ Sobre las reglas, debo apuntar que a lo largo del trabajo de campo hubo tres grupos que organizaban *eventos* *BDSM* en la ciudad de Córdoba. El conjunto normativo presentado en el decálogo era respetado por todos en términos generales, aunque con algunas diferencias. Por un lado, algunas reglas eran compartidas, como el respeto por las personas presentes en el *evento*, y la prohibición de performar escenas de *scat* -dar o recibir materia fecal como manera de producir placer- o escenas de *lluvia* -orinar o ser orinado. Por otro lado, la regla que prohibía la realización de sexo estaba sujeta a lo que cada grupo entendiera por sexo, siendo mayormente interpretado como actos de penetración. En este sentido, la rigidez de la regla podía variar de acuerdo con la locación del *evento*. Si el mismo era organizado en una residencia privada, podía disponerse de un cuarto con iluminación tenue donde las personas pudiesen tener sexo, ubicando allí también guantes de látex, una caja de preservativos y geles lubricantes. Pero, si el *evento* se llevaba a cabo en establecimientos comerciales, existían ordenanzas públicas que prohibían shows que contuvieran escenas sexuales. Para varios entrevistados, la prohibición del sexo también era una forma de generar distinción al diferenciarse de otros *eventos* organizados en la ciudad de Buenos Aires, donde decían que *había poco* *BDSM* y *mucho* *sexo*. Un último punto sobre las reglas fue su arbitrariedad, expresado -por ejemplo- en la noción de *prácticas extremas*, categoría que cada persona trazaba desde sus deseos y experiencias, prevaleciendo la norma de consultar con los organizadores sobre si algo podía ser realizado o no.

⁸ Vale aclarar que la entrevista con Nico fue el puntapié para ingresar al universo de sentidos que componen estos espacios de sociabilidad. Con anterioridad a aquel encuentro, desconocía el significado de la palabra *BDSM*, así como tampoco tenía amistades que se nombrasen como *practicantes*. Del mismo modo, no consumía literatura o producciones audiovisuales relacionadas a dicha temática.

Con estos cuestionamientos en mente, asistí a la dirección que me proporcionara Nico, en el horario también indicado por mi entrevistado. Los primeros *eventos* de los que participé se organizaron en domicilios particulares, por lo que tras anotar mi llegada fui recibido en la puerta de una casa. El ingreso era interceptado por una joven mujer que vestía pollera de cuero, una remera de red que dejaba sus pezones al descubierto, y un gorro negro de corte militar. Parada detrás de una barra, custodiaba un cuaderno con los nombres de las personas invitadas, a quienes iba tachando para marcar su arribo mientras realizaba una pregunta fundamental: “¿qué color querés?”. Junto al cuaderno se apilaban los membretes adhesivos con bordes coloreados, designados para identificarse con un rol dentro del *evento*. Debido a mi falta de saberes experienciales, decidí posicionarme como un sujeto que carecía de “guiones” (GAGNON, 2006 [1991]), en tanto esquemas socio-sexuales que posibilitaran dar sentido a mis actos desde la *dominación* o la *sumisión*. Escogí el color azul para presentarme ante otros *practicantes* como *curioso*, tanto por mi efectivo desconocimiento como para mostrarme como una persona deseosa de aprender sobre aquel mundo.

La primera hora de mi estadía en el *evento* me dediqué a dar vueltas por el lugar, preguntando a las personas presentes por el nombre y los modos de uso de diversos objetos que se disponían para las *prácticas*. Estas breves conversaciones se dieron en un momento previo a que algunos asistentes *rompieran el hielo*, animándose a realizar alguna *sesión*. Una vez comenzado el circuito de performances eróticas, mi atención estuvo dirigida a observar lo que acontecía. Buscaba recordar cada una de las intervenciones: las formas de relacionarse de los *practicantes* en base a sus roles autopercebidos, las *prácticas* que eran representadas, y las distintas etapas de los cuadros performados. Por momentos me imaginaba como un etólogo que analizaba los rituales de una comunidad “exótica”, fisionando desde una posición externa sin inmiscuirse en las acciones (BLÁZQUEZ; LIARTE TILOCA, 2018, p. 208). Mis desplazamientos se activaban cuando otros sujetos realizaban *sesiones* en otras habitaciones, ubicándome de pie contra una pared o sentado en alguna silla. Esta forma de ocupar el espacio podía ser entendida como una actitud *voyerista*, con el peligro de ser visto por otros como un entrometido. No obstante, en determinados contextos sociales el hecho de mirar formaba parte de los modos posibles de devenir un participante, una disposición -momentáneamente- aceptada en el caso del amplio registro de figuras incluidas en el *BDSM*.⁹

Como resultado de aquella noche, presenciar las *sesiones* que tuvieron lugar durante el *evento* produjo un cambio en mis intereses de pesquisa. Aquella instancia despertó un sentido de curiosidad que fue imposible desdeñar: ya no podía dejar de lado esas relaciones entre personas que se distinguían a partir de membretes de bordes coloreados. Siguiendo el consejo epistemológico de Tim Ingold (2011), decidí abrir el camino a otras posibilidades

⁹ El participar desde la observación no resultaba problemática en ese primer momento, puesto que ante la falta de experiencia devenía oportuno mirar como una forma de aprender. Sin embargo, como podrá leerse más adelante, en determinados momentos era esperado que las personas asistentes se involucrasen en las acciones.

de indagación y dejarme llevar por el asombro de aquellas interacciones. Una nube de categorías fue surgiendo a medida que comencé a buscar lecturas sobre la temática, en las entrevistas con *practicantes* que asistían a estos espacios, y en el propio autoconocimiento que suscitó comenzar a participar desde otras posiciones.

Entre el pudor y la participación

La asistencia a un segundo *evento* no resultó menos movilizante que la primera, marcando un importante punto de inflexión en el proceso de tornar serio el asombro en los caminos del trabajo de campo. En conversación con una conocida de otros espacios académicos, con quien habíamos compartido mesas de discusiones en algunos congresos, me comentó que tenía experiencia en *prácticas BDSM* pero que nunca había asistido a un *evento*. Con respecto a las categorías de sociabilidad, me relató sobre su preferencia por la *dominación* tanto de varones como de mujeres. En miras de respetar la regla -antes mencionada- que prohibía el ingreso a personas que no estuviesen previamente confirmadas, consulté con Nico sobre la posibilidad de concurrir acompañado. En su respuesta me concedió el permiso, pero inmediatamente después agregó la siguiente frase: “*vengan, pero no queremos gente que no haga nada*”.

Aquella contestación fue interpelada por un pedido de esclarecimiento de mi parte sobre cuál era el sentido que mi interlocutor le adjudicaba a la idea de *hacer algo*. La nueva réplica indicó que debíamos incorporarnos en algunas de las interacciones que acontecerían en el *evento*, ya sea entre nosotros o con otros *practicantes* que se encontrasen presentes durante la noche. Esto significaba comenzar a adentrarme en las lógicas de sociabilidad entre los roles, desde una posición en la que debía escoger si deseaba participar desde el ejercicio de la *dominación* o la *sumisión*. Dicha petición comenzó a despertar discusiones que mantuve con colegas -y conmigo mismo- sobre los límites en un trabajo etnográfico, relacionado con las autorizaciones que estaba dispuesto a sostener en base a mis propias representaciones morales, eróticas y estéticas (BLÁZQUEZ; LIARTE TILOCA, 2018, p. 205). A partir de esta situación, resultaba que permanecer en un rincón con una bebida en la mano y observar ya no se presentaba como una forma de estar esperada en estas noches *bedesemeras*.

Desde el espectro de posibilidades de *prácticas* para cumplir con el *hacer algo* indicado por Nico, se dibujaba una miríada de opciones complejas. Una amplia variedad de discursos, en los cuales podemos incluir el científico, han recubierto las prácticas eróticas de un cierto brillo que las transformaría en especiales (BLÁZQUEZ; LIARTE TILOCA, 2018, p. 208). Esta condición habría producido imaginarios sociales sobre las mismas como entretejidas por un valor particular que debía ser resguardado en un ámbito de lo privado -y, muchas veces, como un secreto preservado entre paredes. En este sentido, negar la dimensión erótica en una investigación social sería no solamente un acto obligatorio para sostener una cierta aura de cientificidad (KULICK, 1998; DUBISCH, 2005; ALTORK, 2007; LANGARITA, 2015), sino que además devendría en un consejo ampliamente aceptado el mantenerse alejado de esas prácticas en tanto objetos de pesquisa. Como relata

la etnografía de Victor Hugo de Souza Barreto (2017) sobre fiestas de orgías para varones, o el estudio de Olivia von der Weid (2015) con parejas que realizaban intercambios *swinger*, no era raro recibir cuestionamientos sobre la construcción de un campo atravesado por el erotismo, el sexo y el placer. Desde una impugnación ética, se adjudicaba una suerte de doble intención del investigador, que mantendría un mayor interés en obtener encuentros de satisfacciones personales y no tanto así en la producción de conocimiento. En compañía de ese punto, se esgrimía una perspectiva moralizada que tachaba lo erótico como actos potencialmente peligrosos, capaces de contaminar la pureza de las esferas de lo público (DOUGLAS, 1973 [1966]; BATAILLE, 2015 [1976]). Este efecto de polución se expandiría por contacto a otros componentes bajo la lógica de que pesquisar una temática impura tornaría a la persona que investiga, y a su trabajo, también en elementos impuros (GOLDENBERG, 2004).

Desde estas lecturas, decidí silenciar las voces que acusaban de poco seria o indigna la participación del investigador en las prácticas eróticas que constituyen el meollo de su indagación. Después de todo, si estas formas de interaccionar participan en la producción de sentidos sociales en un determinado grupo, se reviste de interés analítico la experimentación de las mismas por quien lleva adelante la pesquisa (MARKOWITZ, 2003). En nuestro camino hacia la locación del *evento*, conversamos con mi compañera de aquella noche sobre qué nos gustaría hacer. Entre risas, ella comentó que estaba dispuesta a probar cosas por fuera de la *dominación*, en tanto posición que usualmente solía ocupar.¹⁰ Una vez que arribamos al domicilio, tacharon nuestros nombres de la lista de asistentes y nos entregaron los membretes adhesivos. Los bordes coloreados eran del mismo azul, con la excepción de que yo me demarcaba como *curioso* y mi compañera como *switch*. Mientras pegábamos nuestros diacríticos identificatorios, saludamos a las personas presentes y dimos vueltas para observar los instrumentos dispuestos para las *prácticas*.

Posteriormente, me dirigí a una de las organizadoras de la noche para comentarle que deseaba experimentar. Para ello, le solicité repitiera sobre mi cuerpo una figura de *bondage* que recordaba del *evento* pasado, en el que ella había *sesionado* con otro de los concurrentes. Se trataba de una especie de corsé que bordaba rombos desde los hombros hasta la zona pélvica, con la particularidad de que no era inmovilizante, puesto que no me atraía la idea de perder la movilidad de mis extremidades. Mientras las cuerdas se entrelazaban unas con otras intenté prestar atención a los puntos de presión que iban surgiendo. Mi atadora comentó que la figura tomaba por nombre *kadara*, vocablo que luego aprendí provenía del japonés y podía ser traducido como cuerpo. Aquella denominación parecía hacer sentido: las sogas provocaron que mi espalda se irguiera recta,

¹⁰ En el transcurso del evento, mi compañera utilizó una máscara de látex empleada para *prácticas* de privación de sentidos, puesto que cubría todo el rostro salvo los orificios nasales. Junto a un varón autoidentificado *dominante*, realizó una *sesión* en la que sus brazos fueron inmovilizados desde una estructura similar a un trapecio, una barra de metal colgada del techo con muñequeras en sus extremos. Dispuesta en aquel sitio, recibió *spanks* -golpes- en los glúteos. En otra oportunidad, ese mismo varón llamó a una de las asistentes que lucía un membrete de bordes blancos para que asumiera un rol de *sumisión* para mi compañera.

mejorando la postura sin provocar molestias. Finalizado el trabajo, me alentó a permanecer un tiempo con los nudos.

Orgulloso de haberme animado a participar, busqué a Nico para mostrarle mi primera incursión en una *práctica*. Tras pedirme que girara, al mismo tiempo que pasaba su mano sobre las cuerdas, comentó lo siguiente: “*está muy bueno, te queda muy bien, pero deberías haberte sacado la remera*”. Por una parte, esta apreciación me hizo pensar que realizó una inspección del desempeño de mi atadora, tanto del frente como del dorso, dando por sentado que había sido una buena ejecución de *bondage*. Asimismo, sentí que el comentario expresaba que había algo positivo en la combinación de las sogas con mi cuerpo. El contacto de las fibras sobre la carne era una de las sensaciones que los *practicantes* que disfrutaban de estas *sesiones* recalcan como productoras de mayor placer. Las marcas dibujadas por las cuerdas eran interpretadas como efímeros índices de belleza (LIARTE TILOCA, 2017), lo que podía explicar la apreciación de Nico sobre haber permanecido completamente vestido. No obstante, la idea de formar parte de escenas que implicaran desnudez no era algo que me provocase deseo, sino todo lo contrario. En una sociedad que nos enseña que la delgadez es el patrón reinante de belleza, portar un cuerpo gordo me generaba rechazo hacia situaciones que implicaran mostrar mis formas adiposas al descubierto.¹¹

Esta divergencia de interpretaciones suponía que debía hacer confluir dos conjuntos de percepciones, puesto que un punto era objetivarme en tanto persona que portaba una determinada morfología cárnica, y otra cosa distinta eran las polisémicas miradas que podían recaer sobre ese dato. Como explica Rosana Guber, “el investigador puede suponer, pero no conoce a ciencia cierta el significado social, de ninguno de sus atributos (por ejemplo, edad, atributos físicos como el color de la piel, de los ojos, la gordura o delgadez, etc.) en esos contextos y para esos actores concretos” (GUBER, 2005, p. 94). Desde otras palabras, tanto en mi pesquisa en *fiestas de osos* como en esta oportunidad comprendí que la voluminosidad podía ser erotizada. Esto me llevó a cuestionar mis preconceptos sobre lo que podría resultar atractivo, indagando en estas escenas como espacios donde era posible devenir un cuerpo deseado en el trabajo de campo (BRAZ, 2007; LACOMBE, 2009; VALLEJO, 2017). En tanto investigador, al mismo tiempo que centraba mi interés por indagar en prácticas eróticas, no me encontraba exento de ser visto por otros como un sujeto erotizado y erotizante.

Los pedidos de participación, si bien en un comienzo generaron dudas sobre si debía o no formar parte de las acciones que pesquisaba, fueron instancias de reflexión privilegiadas. Esto implicó entender que “la observación participante requiere de la puesta

¹¹ Esto no resultaba una novedad. En mi experiencia previa de pesquisa, etnografiando *fiestas de osos*, me había negado a quitarme la remera en un ritual que ocurría durante esos encuentros. Se trataba de un momento durante las noches celebratorias en que los organizadores promovían el baile y el despojo de las prendas superiores de indumentaria. La propuesta buscaba visibilizar las corporalidades gordas, consideradas bellas en aquel contexto, y combatir el designio que estigmatizaba la voluminosidad. A pesar de ello, un sentimiento de incomodidad y pudor generó que rechazara el convite a desnudarme parcialmente.

en juego no sólo de la subjetividad del investigador, sino también de nuestro conocimiento corpóreo, del trasfondo corporal de la experiencia compartida” (ASCHIERI; PUGLISI, 2010, p.143). Mi cuerpo devino en objeto de observación y medio de experimentación, donde la propia carne resultaba en fuente simbólica y material de aprendizaje. A lo largo del trabajo de campo me adentré en *sesiones* con otros *practicantes*, particularmente desde *prácticas* que incluían *spanks* -golpes- mediados por el placer.

De azul a rojo, o cómo cambiar de roles

Formar parte de *sesiones* produjo otro movimiento que devino fructífero para replantear mis posicionamientos durante la pesquisa. Transcurrido aproximadamente un año desde mi arribo a estos espacios de sociabilidad, en invierno del 2016 fui invitado a realizar un viaje junto a otras personas a la ciudad de Santa Fe, capital de la homónima provincia. El grupo estaba conformado por *practicantes* que organizaban *eventos* en las noches cordobesas,¹² quienes habían comenzado a tejer una red de relaciones con los anfitriones santafesinos. El programa de la velada implicaba una primera instancia en un bar, con la disposición de una sala exclusiva para nosotros dentro del establecimiento. La expectativa era entrar en contacto y conocerse entre los concurrentes, previo a la segunda parte del encuentro. El trayecto continuaba con un *evento* en una casa alquilada, donde habíamos montado una serie de escenarios en los que podían llevarse adelante *sesiones*. Para amenizar el espacio, hicimos uso de la improvisación para transformar la estructura de madera de una cama en una especie de *cruz*, mobiliario en el que una persona era atada de pie y sometida físicamente. También, para quienes desearan involucrarse en juegos de *spanks*, transmutamos unos bancos escolares en una especie de *potro*, una estructura en la que se apoyaba la zona pectoral dejando los glúteos expuestos.

Durante el encuentro previo en el bar, nos sentamos alrededor de un conjunto de mesas, ubicación que permitía mirarse al rostro entre todos los presentes. Como forma de comenzar una conversación, los anfitriones locales sugirieron que cada uno contara algunos datos personales, particularmente a qué nos dedicábamos en el cotidiano y cuál era nuestro rol autopercebido dentro de una interacción *BDSM*. Llegado mi turno, me introduje como un estudiante de antropología, que se encontraba interesado en realizar su trabajo final de doctorado sobre el mundo *bedesemero* en mi ciudad. En relación a la posición de roles, decidí presentarme como *curioso*, categoría que empleaba desde el comienzo de la investigación y que nunca había sido sometida a un autoanálisis. En ese momento, una de las *practicantes* cordobesas comenzó a reír, lo que me desconcertó puesto

¹² Durante ese año colaboré en el (des)montaje de los *eventos* pesquisados, lo que implicaba ayudar en la disposición de los elementos para las *prácticas* dentro de los locales, en la decoración de las salas, y en cualquier otra cosa que me fuese solicitada; así como colaborar en el desarmado posterior. Agradezco enormemente estas oportunidades que me brindaron los organizadores, puesto que allí aprendí el trabajo que conllevaba la puesta en marcha de estos espacios.

que no comprendía el porqué de su reacción. Quizás sorprendida por mi presentación, exclamó: *déjate de joder y elegí spanker, si todos sabemos que te gusta.*¹³

Aquella interpelación me obligó a poner en jaque mi incuestionada *curiosidad* como posibilidad de posicionamiento. Mi respuesta consistió en devolver las risas y aceptar que su comentario tenía una buena parte de razón, debido a que había generado una atracción por realizar ese tipo de *prácticas* en los *eventos* pesquisados. Las carcajadas compartidas me llevaron a pensar en las relaciones que fui construyendo junto a otros *practicantes* durante el trabajo de campo. En este sentido, la mofa no buscaba producir incomodo, ni provocar hostilidad en el señalamiento de un supuesto error -como habría sido negar mi inclinación hacia la *dominación* física. Por el contrario, estas interacciones burlescas se desarrollaban en un contexto donde lo jocoso “no ha de tomarse seriamente porque no se hace con esa intención” (RADCLIFFE-BROWN, 1986 [1952], p.108). En tanto “desacatos permitidos”, se sustentaban en el consentimiento entre las partes, amparados en los lazos amicales trenzados en el transcurso de las noches. Esos vínculos permitieron que la observación vociferada en aquella oportunidad se alejara de una postura malintencionada. Más bien, apuntaba a impulsar un sinceramiento de mi parte sobre las acciones a partir de las cuales me relacionaba en *sesiones* que llevaba adelante con otros *practicantes*.

Como dijera antes, la autoadscripción categorial como *curioso* había resultado útil al comienzo de la pesquisa, para ubicarme como una persona que desconocía las formas de sociabilidad *BDSM* pero que deseaba aprender. Escoger otro rótulo en aquel primer encuentro hubiera representado ignorar mi falta de experiencia en el ejercicio de la *dominación* y la *sumisión*, relaciones que atravesaban las (im)posibilidades de interacción en estos espacios. Asimismo, corría el riesgo de mostrarme como un sujeto presuntuoso que no brindaba importancia a los procesos de aprendizaje, recalcados por todos los *practicantes* con quienes mantuve entrevistas. De esta forma, la *curiosidad* se revestía de una doble consideración: por un lado, quienes se definían bajo ese apelativo eran esperados en los *eventos*, ya que constituían el mayor número de personas nuevas. Pero, al mismo tiempo, se esperaba que en algún momento abandonasen dicha nominación, para prontamente formar parte de las *prácticas* desde un rol contextualmente definido.

Pareciera que la *curiosidad* se dibujaba como una suerte de limbo de contornos difusos. El pasaje de un membrete adhesivo de bordes azules a uno de bordes rojos -en mi caso-, constituyó una transición desde un espacio liminal hacia un nuevo estatus moral.¹⁴

¹³ La categoría *spanker* hace referencia a una persona que asume un rol *dominante* en una *sesión* de *spanks*, propiciando consensuadamente golpes a otra persona que adopta el rol de *sumisión* y es llamada *spankee*.

¹⁴ En relación a los colores de los membretes, con el transcurso del trabajo de campo comprendí que el rojo era utilizado por todos aquellos roles que se ubicaban en una posición de *dominación* o, como fuera llamado por una entrevistada, *roles top*. Esto comprendía tanto las prácticas físicas como de humillación simbólica, en los que el sujeto *dominante* podía adoptar preferencia por la *dominación* a través de golpes (*spanker*), la producción de dolor consensuado (*sádico*), u otros juegos de construcción de personajes jerárquicamente superiores como jefes/jefas o maestros/maestras. De forma semejante, quienes empleaban un membrete adhesivo de bordes blancos optaban por autoadscribir a posiciones de *sumisión* o *roles bottom*. En el tramado de una *sesión*, estos sujetos podían participar en calidad de receptores de golpes adiestradores (*spankee*), desde el gusto por el dolor provocado por una persona en

Como explica Victor Turner (1988 [1969]) en su estudio sobre procesos rituales, la adquisición de una posición social dentro de un sistema determinado implica atravesar umbrales. Dichas zonas se conciben bajo períodos cuya temporalidad debe ser finita, situando a las personas entre la separación y la reincorporación con respecto a un grupo mayor. En el caso de la participación en los *eventos*, el sujeto liminal se posicionaba entre un abandonar el mundo *vainilla*, como eran llamadas las relaciones eróticas genitalocéntricas que no incorporaban *prácticas* ni seguían un *protocolo*, y el ingreso a la categoría *practicante*. Durante este estadio intermedio, una de las características fundamentales es que las personas portan atributos ambiguos, en tanto “eluden o se escapan del sistema de clasificaciones que normalmente establecen las situaciones y posiciones en el espacio cultural” (TURNER, 1988 [1969], p. 102). Los sujetos que decidían autonominarse *curiosos* no podían ser posicionados en los espacios asignados por el *protocolo*, por lo que no estaban necesariamente entrelazados en los modos de sociabilidad construidos desde las relaciones *BDSM*.

Sobre este último punto, resulta oportuno señalar que el hecho de portar una etiqueta de *curioso* no significaba desoír las reglas que conducían los *eventos*. No obstante, esto devenía en un peligro liminal relacionado a la posible producción de escenas de interacción. El hecho de no marcar una preferencia contextual por la *dominación* o la *sumisión* podía generar un freno hacia otras personas, debido a la imposibilidad de adelantarse a las acciones que el sujeto *curioso* deseara realizar en una *sesión*. Al tratarse de un estado caracterizado por la ambigüedad, todo podía pasar.¹⁵ Definirme como *spanker*, y no ya como *curioso*, me ubicó en una posición que me alejó -al menos en una primera instancia- de la eventualidad de participar en una *sesión* siendo yo el sujeto voluntariamente *spankeado*. Al mismo tiempo, la adquisición de un nuevo estatus moral esperaba un determinado comportamiento de los sujetos, basado en “ciertas normas dictadas por la costumbre y ciertos principios éticos vinculantes para quienes ocupan posiciones sociales en un sistema de tales posiciones” (TURNER, 1988 [1969], p.102). Como me dijeran durante un *evento*, el reconocermelo como *spanker* conllevaba que debía adoptar elementos característicos de esta categoría, como brindar órdenes en un tono de

particular y en un determinado momento (*masoquista*), y otras variaciones como personajes que se disponían jerárquicamente por debajo de la autoridad de otros.

¹⁵ Sobre los *practicantes* que autoadscribían a la categoría *switch*, la situación revestía otra complejidad. Por un lado, a pesar de construir placer en ambas posiciones, el portar experiencia en estas formas de sociabilidad producía que la persona pudiera ubicarse contextualmente en un rol de *dominación* o de *sumisión*, de acuerdo a los parámetros que plantease en cada *sesión*. Por otro lado, esto también dependía de cómo era interpretado el seguimiento del *protocolo* entre las personas involucradas en una escena socio-erótica. Como dijera una entrevistada, podían separarse a los *practicantes* en dos grandes grupos: aquellos de la *vieja escuela*, para quienes los roles eran aspectos innatos y cuasi permanentes del sujeto, donde toda relación debía basarse en preceptos protocolares; y quienes cultivaban la llamada *nueva escuela*, donde los roles eran construidos desde la experimentación, pudiendo variar a lo largo de la trayectoria personal, y el *protocolo* era un elemento empleado en los encuentros sexo-afectivos. Este punto generaba un conflicto entre el ser un rol y el estar en un rol, divisoria que transformaba a los *switchs* en sujetos potencialmente peligrosos dentro de un esquema de la *vieja escuela* debido a la “ambigüedad” de sus deseos.

voz firme, mantener un contacto constante con el cuerpo de la persona en rol de *sumisión*, y aprender a leer ese mismo cuerpo para analizar los tiempos e intensidades de una *sesión*.

En definitiva, el acto de increparme para cambiar de rol podía ser entendido como parte de las negociaciones de sentidos que ocurren en el trabajo de campo. Esto implicaba cuestionar no solamente los modos en que analizamos determinadas acciones realizadas por un grupo particular de personas, sino también las formas en que aquellos sujetos me ubicaban en el tramado de sociabilidades que constituían mi objeto de pesquisa. Desde una perspectiva que privilegiaba la conversación horizontal como mecanismo de producción de conocimiento, debía tornar serio el hecho de que las personas generaban procesos de heteroadscripción de papeles hacia mí, desde una doble participación como *practicante* e investigador. Estas asignaciones no quedaban libradas al capricho, sino que “sigue[n] más bien la experiencia de la población, sus modelos interpretativos, de acción y su sentido común” por lo que “puede[n] transformarse en una importante fuente de información” (GUBER, 2005, p.103). Mi gusto por brindar *spanks*, y no por recibirlos, condujo a que fuera incorporado a un nuevo estatus, dentro de un sistema binario que dividía a los *practicantes* desde roles de *dominación* y roles de *sumisión*.

Algunas palabras finales

El texto buscó indagar en un conjunto de experiencias transcurridas en un trabajo de campo realizado con personas autonominadas *practicantes de BDSM*, quienes organizaban espacios de sociabilidad llamados *eventos*. En estas instancias festivo-nocturnas, se permitía la realización de *sesiones* consensualmente trazadas, donde podían efectuarse un conjunto de actividades que recibían el nombre de *prácticas*. Estas interacciones se encontraban mediadas por la construcción de roles de *dominación* y roles de *sumisión*, categorías que hallaban ciertas pautas de conducta en reglas propuestas por un *protocolo*. Bajo estas premisas es que la discusión estuvo centrada en algunas reformulaciones que surgieron desde mi asistencia a estos *eventos*, donde me pregunté por las posiciones que ocupé como investigador y los límites a mi participación como concurrente. Esto me permitió comprender que no se trataba de delimitar un modelo estanco de interacción, sino pensar en una pluralidad contextualizada de posibilidades que fueron surgiendo a lo largo de la pesquisa.

En breves palabras, la inmersión malinowskiana implicó un primer *evento*, en el que permanecí como un espectador de lo que ocurría alrededor, hasta el pasaje por la *curiosidad* y el asumir un rol de *spanker* con un membrete adhesivo de bordes rojos. Los aprendizajes obtenidos, no solamente de las reglas sino también de sus formas de aplicación, orientaron un posicionamiento analítico que buscó definirme como participante de las mismas performances socio-eróticas que investigaba. Estos movimientos del quehacer etnográfico implicaron concebir mi participación como encarnada en un “cuerpo flotante (...) que debía fluir y entrar en la serie de interacciones, consumos y prácticas que (tras)formaban

las noches pesquisadas” (BLÁZQUEZ; LIARTE TILOCA, 2018, p.212).¹⁶ La actitud adoptada procuró pensarme en tanto un “personaje” capaz de transitar por múltiples escenarios, como aquellos dibujados desde la reconfiguración del dolor como una sensación placerosa en una *sesión* de *spanks*, o la sujeción consensuada en una escena de *bondage dominación*.

La construcción de este “cuerpo flotante” requería del esfuerzo epistemológico de situarse (HARAWAY, 1995 [1990]), en tanto proceso de objetivación de un conocimiento que era producido en esta confluencia de investigador y *practicante*. Parte del trabajo consistió en tornar consciente mis limitaciones morales-estéticas-eróticas, bajo una premisa de que no todo pedido de participación era posible de ser acatado ni todo camino resultaba transitable. Una de estas barreras devino del pudor generado al imaginarme ante la posibilidad de realizar alguna *práctica* con el torso al descubierto. Esto también significó comprender que el trabajo de campo no carecía de situaciones atemorizantes, principalmente frente al desconocimiento de las particularidades que comprendían las interacciones entre *dominantes/dóminas* y *sumisos/sumisas* en los *eventos*. Acompañar a otros *practicantes* durante las noches *bedesemeras* fue una instancia enriquecedora, en tanto la antropología se configura como una “ciencia de lo sutil” que “no tiene sus técnicas predeterminada rígidamente: es necesario inventarlas cada vez, conforme a las propias características de las poblaciones estudiadas” (PERLONGHER, 1995, p.21). La participación situada devenía en una forma de aprender, atenta no solamente a cómo me auto-objetivaba sino también a las posiciones en las cuales era ubicado por otros *practicantes* desde sus interpretaciones sobre mis actos.

Tomar una decisión sobre hacer o no hacer algo también conllevó el seguimiento de una ética de trabajo que debía alejarse de las representaciones moralizadas y moralizantes sobre las prácticas eróticas. Como fuera mencionado, estos esquemas formaban parte del ensueño por una objetividad científica desde la negación del erotismo como una forma de sociabilidad, promoviendo de ese modo un ascetismo del investigador. Asimismo, estos imaginarios se encontraban cimentados en lo que Gayle Rubin reflexionó sobre las jerarquías sociales empleadas para “trazar y mantener una frontera imaginaria sobre el sexo bueno y malo” (2018 [1984], p. 95-96). Estas manifestaciones operaban desde la normalización de los actos heterosexuales-monogámicos-reproductivos, a la vez que etiquetaban como peligroso y contaminante todo aquello que se alejara de dicho centro. Podía imaginarse, pues, que construir placer desde golpes, ciertas palabras de humillación y la privación de sentidos se ubicaba en un espacio periférico en relación a los planteos sobre la centralización de un sexo “normal”. La consigna, pues, era preguntarse por los aportes

¹⁶ La noción de “cuerpo flotante” es retomada de la categoría freudiana de “atención flotante”, propuesta en el texto *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* de 1912. En el tratado es descripta como un estado de conciencia del analista, cuyo trabajo debe procurar no privilegiar ningún elemento del discurso del paciente y dejar obrar su propia actividad inconsciente.

que un análisis sobre el *BDSM* podía brindar para comprendernos mejor como sociedad (WEINBERG, 2008 [1995]).

En este sentido, no se trataba de reprimir los deseos por participar debido a alguna característica intrínseca de las prácticas estudiadas. Más bien, se trataba de no entablar intercambios eróticos sin que las otras personas conocieran mi identidad profesional y mis objetivos científicos. La falta ética resultaba de un no hacer saber sobre mi posición, dado que “esas situaciones configurarían un engaño o instrumentalización del otro sin que mediara su consentimiento e implicaba una ruptura del contrato, más o menos explícito, entre investigador y sujetos en el campo” (BLÁZQUEZ; LIARTE TILOCA, 2018, p.209). Esto también suponía comprender que, en determinados espacios, el erotismo formaba parte de las formas de relacionamiento entre las personas, no encontrándose la etnografía exenta de estos avatares (DÍAZ-BENÍTEZ, 2013).

Realizar una pesquisa atenta a prácticas eróticas implicó sus complejidades. Adentrarme en el flujo de las acciones me permitió dar cuenta no solamente de mi participación en las actividades pesquisadas, sino también del carácter de productor de aquel mundo vivenciado. En definitiva, el trabajo antropológico significó enfrentarme a diversos escenarios en los que fui construyendo relaciones con otros *practicantes*, al mismo tiempo que yo mismo devenía en un *practicante*.

Agradecimientos

Agradezco enormemente el acompañamiento académico -y, sobre todo, humano- de Gustavo Blázquez y María Gabriela Lugones, quienes se embarcaron en la aventura de dirigir esta pesquisa. También agradezco a los participantes del programa “Subjetividades y sujeciones contemporáneas” del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba por las lecturas y constantes palabras de aliento. Un especial agradecimiento a Mariana Tello, a quien recurrí por el temor que me produjo enfrentarme por primera vez a un *evento*, y no dudó en alentarme a continuar. Esta investigación se encuentra financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.

Referencias Bibliográficas

- ALMEIDA DE FREITAS, Fátima Regina. *Bondage, dominação-submissão e sadomasoquismo*. Uma etnografia sobre práticas eróticas que envolvem prazer e poder em contextos consensuais. Dissertação (Mestrado em Antropologia Social). Goiânia: Faculdade de Ciências Sociais, Universidade Federal de Goiás, 2012.
- ALTORK, Kate. Walking the fire line: the erotic dimension of the fieldwork experience. In: ROBBEN, Antonius; SLUKA, Jeffrey (eds.). *Ethnographic fieldwork*. An anthropological reader. Oxford: Blackwell Publishing, 2007. pp. 92-107.
- ASCHIERI, Patricia; PUGLISI, Rodolfo. Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo. Una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y

- las prácticas corporales orientales. In: CITRO, Silvia (comp.). *Cuerpos plurales*. Antropología de y desde los cuerpos. Buenos Aires: Biblos, 2010. pp. 127-148.
- BATAILLE, George. *Historia del erotismo*. Madrid: Errata Naturae, 2015 (1976).
- BLÁZQUEZ, Gustavo; LIARTE TILOCA, Agustín. De salidas y derivas. *Anthropological groove* y la “noche” como espacio etnográfico. *Íconos*, n. 60, 2018. pp. 193-216.
- BRAZ, Camilo. Corpo a corpo. Reflexões sobre uma etnografia imprópria. *Revista Ártemis*, v. 7, 2007. pp. 128-144.
- DE SOUZA BARRETO, Victor Hugo. Quando a pesquisa é o problema: o tabu no estudo das práticas sexuais. *Cadernos de Campo*, v. 26. n.1, 2017. pp. 270-293.
- DÍAZ-BENÍTEZ, María Elvira. Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos. *Apuntes de Investigación del CECyP*, n. 23. Buenos Aires: Instituto Gino Germani, UBA, 2013. pp. 13-33.
- DOMÈNECH, Bartomeu; MARTÍ, Sibil-la. *Diccionario multilingüe de BDSM*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2004.
- DOUGLAS, Mary. *Pureza y peligro*. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú. Madrid: Siglo XXI Editores, 1973.
- DUBISCH, Jill. Lovers in the field: sex, dominance and the female anthropologist. In: KULICK, Don; Margaret Willson (eds.), *Taboo*. Sex, identity and erotic subjectivities in anthropological fieldwork. Londres: Routledge. 2005. pp. 29-50.
- FACCHINI, Regina; ROSSETTI MACHADO, Sarah. “Praticamos SM, repudiamos agressão”: classificações, redes e organização comunitária em torno do BDSM no contexto brasileiro. *Sexualidad, Salud & Sociedad*, n. 14. Rio de Janeiro: CLAM-ISM-UERJ, 2013. pp. 195-228.
- FOUCAULT, Michel. Sex, power and the politics of identity. *The Advocate*, n. 400. Estados Unidos: LPI Media, 1984.
- GAGNON, John. O uso explícito e implícito da perspectiva da roteirização nas pesquisas sobre a sexualidade. In: _____. *Uma interpretação do desejo: ensaios sobre o estudo da sexualidade*. Rio de Janeiro: Garamond, 2006.
- GOLDENBERG, Miriam. *De perto ninguém é normal*. Estudos sobre corpo, sexualidade, gênero e desvio na cultura brasileira. Rio de Janeiro: Record, 2004.
- GREGORI, Maria Filomena. *Prazeres perigosos. Erotismo, gênero e limites da sexualidade*. São Paulo: Companhia das Letras, 2016.
- GUBER, Rosana. *El salvaje metropolitano*. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Buenos Aires: Paidós, 2005 (1991).
- HARAWAY, Donna. Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. In: _____. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. La reinención de la naturaleza. Universitat de València: Ediciones Cátedra, 1995 (1990). pp. 313-346.
- INGOLD, Tim. *Being alive: essays on movement, knowledge and description*. Londres: Routledge, 2011.

- KULICK, Don. *Travestí. Sex, gender and culture among brazilian transgendered prostitutes*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.
- LACOMBE, Andrea. "Tu é ruim de transa!" Ou como etnografar contextos de sedução lésbica em duas boates LGBT do subúrbio do Rio de Janeiro. In: DÍAZ-BENÍTEZ, María Elvira & Carlos Eduardo Fígari (orgs.), *Prazeres dissidentes*. Rio de Janeiro: Garamond, 2009. pp. 373-392.
- LANGARITA, José Antonio. *En tu árbol o en el mío*. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2015.
- LIARTE TILOCA, Agustín. "Imaginate dos viejos chotos". Experiencias festivas y procesos de envejecimiento entre varones autonominados osos en la ciudad de Córdoba. *Teoria e Cultura*, v. 13, n. 1. Brasil: PPGAS-UFJF, 2018. pp. 86-107.
- LIARTE TILOCA, Agustín. *Cuerpos (temporalmente) marcados. Belleza y autoría entre practicantes de BDSM*. Trabajo presentado en Jornadas Cuerpos, Violencias y Memorias: Encrucijadas Posibles. Argentina: Universidad Nacional de Córdoba, 2017.
- LINS RIBEIRO, Gustavo. Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, v. 2, n. 1. Buenos Aires: FFyL-UBA, 1989. pp. 65-69.
- MALINOWSKI, Bronislaw. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanesia. Barcelona: Planeta Agostini, 1986 (1922).
- MARKOWITZ, Fran. Sexualizando al antropólogo: implicaciones para la etnografía. In: NIETO, José Antonio (ed.), *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*. Madrid: Talasa, 2003. pp. 79-92.
- PERLONGHER, Néstor. *La prostitución masculina*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca. 1993.
- RADCLIFFE-BROWN, Alfred. Sobre las relaciones burlescas. In: _____. *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona: Planeta Agostini, 1986 (1952). pp. 107-122.
- RUBIN, Gayle. The leather menace. Comments on politics and S/M. In: _____. *Deviations. A Gayle Rubin reader*. Carolina del Norte: Duke University Press, 2011 (1981). pp. 109-138.
- RUBIN, Gayle. Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. In: _____. *En el crepúsculo del brillo. La teoría como justicia erótica*. Córdoba: Bocavulvaria Ediciones, 2018 (1984). pp. 69-146.
- SCHECHNER, Richard. *Performance*. Teoría y prácticas interculturales. Buenos Aires: Libros del Roja, 2000 (1988).
- TURNER, Victor. *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus, 1988 (1969).
- VALLEJO, Marcela. "¿Una mujer como usted acá?" Sexualidades y subjetividades en el trabajo etnográfico. Trabajo presentado en V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana, 2017.

- VON DER WEID, Olivia. *Swing, o adultério consentido*. Um estudo antropológico sobre troca de casais. Rio de Janeiro: Multifoco, 2015.
- WEINBERG, Thomas. SM: una introducción al estudio del sadomasoquismo. In: _____. *BDSM: estudios sobre la dominación y la sumisión*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2008 (1995). pp. 23-32.
- WEISS, Margot. *Techniques of pleasure: BDSM and the circuits of sexuality*. Carolina del Norte: Duke Press University, 2012.
- ZILLI, Bruno. *A perversão domesticada*. BDSM e consentimento sexual. Rio de Janeiro: Papeis Selvagens, 2018.

autor **Agustin Liarte Tiloca**

Es Licenciado en Antropología y doctorando en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Es becario doctoral por el CONICET en el Instituto de Humanidades. También es profesor asistente en la cátedra Antropología Cultural Contemporánea y Latinoamericana de la Facultad de Psicología.

Recebido em 17/01/2019

Aceito para publicação em 06/04/2019